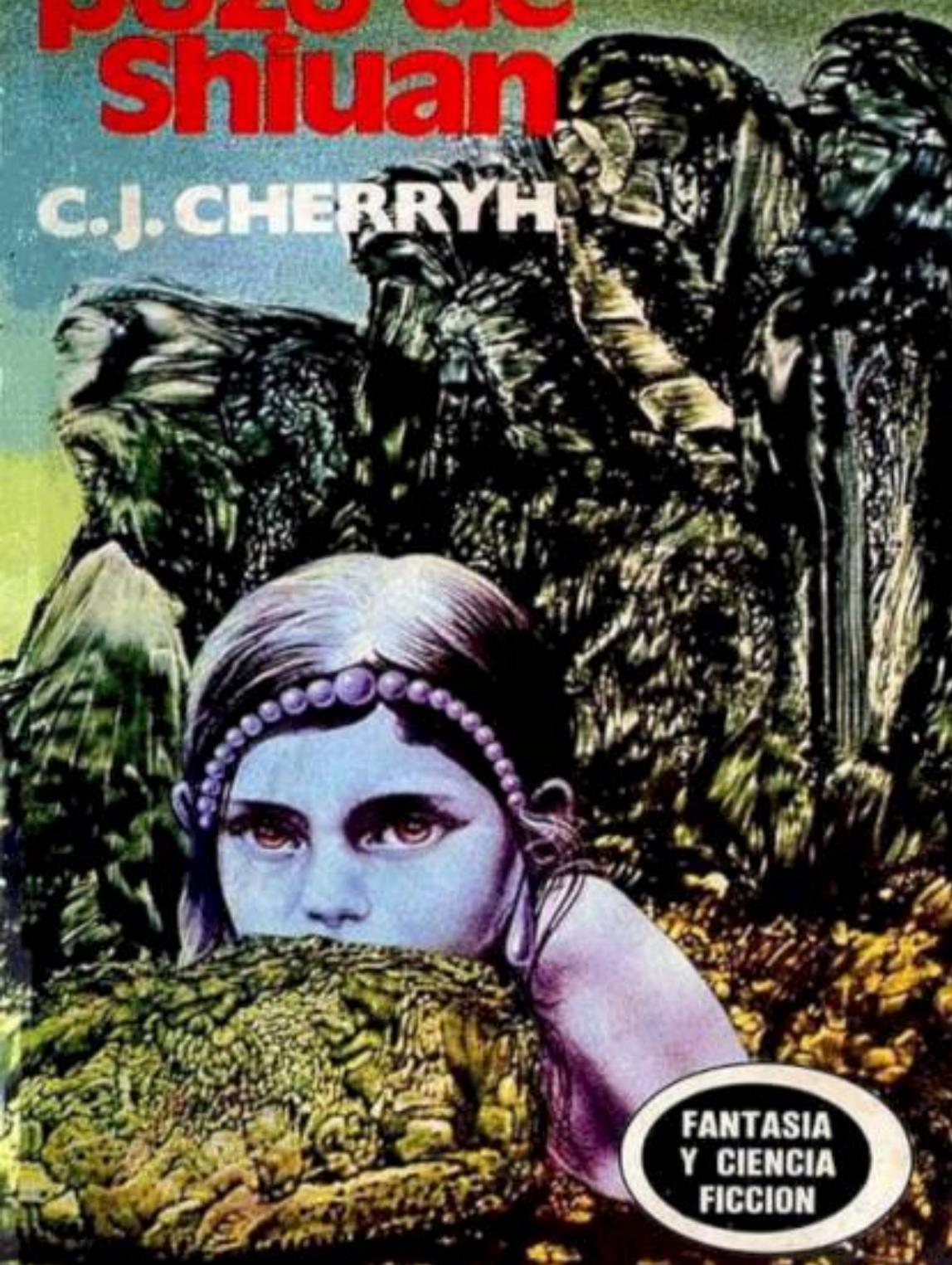


El pozo de Shiuan

C.J. CHERRYH



FANTASIA
Y CIENCIA
FICCION

EL POZO DE SHIUAN

El libro de Morgaine N° 2

«El poco de Shiuan» está sentenciado. Ha crecido el nivel de las aguas se ha resquebrajado el suelo por el terremoto. Un enorme y extraño satélite se viene aproximando y el destino de los pobladores de Shiuan está definitivamente marcado: huir o morir con su mundo.

Las únicas vías de escape son las Puertas, esos pasajes entre mundos fueron construidos por una olvidada raza cósmica. Esta es la historia de Morgana, la misma heroína de LA PUERTA DE IVREL, de su servidos Nhi Vanye y de su implacable enemigo Chya Roh que los persigue a través del planeta inundado.

C.J. CHERRY graduada en Literaturas Clásicas en la Universidad de Johns Hopkins, comenzó su carreta literaria con la serie de novelas de fantasía heroica que inició con LA PUERTA DE VREL, publicada en esta colección. Ha obtenido el Premio John W. Campbell y sus obras han sido seleccionadas en EE.UU. por el Club del Libro de Ciencia Ficción y para el Premio Hugo.

Título Original: *Well of Shiuan*

Traductor: Aníbal Carlos Leal

©1978, C. J. Cherryh

©1978, Lidiun (Argentina)

Colección: Fantasía y Ciencia Ficción

UUID: ab222349-0510-40c9-b572-28bd648b7615

Generado con: QualityEbook v0.84

SERIES DE FANTASIA Y CIENCIA FICCION

C. J. CHERRYH

El pozo de Shiuan

Novela

Ediciones Lidiun
buenos aires

*Dedicado a Andre Norton,
dama de tierna y gentil
magia*

PROLOGO

EL primero que construyó las Puertas que llevaban de un tiempo a otro y de un espacio a otro seguramente en nada se benefició con ellas.

Los qhal hallaron la primera Puerta en las extrañas ruinas de Sileno, en un mundo muerto de su propio sol. Aprovecharon el modelo, y construyeron otras Puertas, y abarcaron mundos, y estrellas, y al tiempo mismo.

De ese modo cayeron en la trampa, e indujeron a otros... pues los qhal, expertos en el tiempo y en los mundos, reunieron a seres y bestias de todo el espacio abarcado por las Puertas. Construyeron civilizaciones, se adelantaron en el tiempo para ver sus progresos, mientras sus súbditos, que no tenían acceso a las Puertas, avanzaban penosamente por los siglos de tiempo real.

Al fin del tiempo reunieron a los que habían pasado por todas las eras y experimentado todas las cosas, y que vivían sumidos en profunda desesperación. Había ominosos movimientos en la propia realidad, el tiempo anterior violado, perturbaciones cada vez más intensas. Algunos qhal sintieron la aproximación del momento; algunos enloquecieron, recordando verdades que ya no lo eran, o que podían haber sido y no fueron y que volvían a ser —la materia y el tiempo y el espacio descompuestos, desenfrenados y protagonizando finalmente una implosión.

Los mundos yacían devastados. Quedaban sólo los restos de las obras qhalur y los mundos manipulados por los qhal; y estaban las Puertas, como una resaca abandonada por el tiempo, no tocada por la catástrofe.

Y los humanos llegaban a los mundos en ruinas, en ese retazo de espacio que aún ostentaba las cicatrices.

Los humanos estuvieron entre las víctimas de los qhal, dispersos en los mundos en ruinas, con otras especies también parecidas a los qhal. Sólo por esta razón los humanos desconfiaban de las Puertas y les temían.

Un centenar de hombres y mujeres pasaron las Puertas qhalur, sin saber adonde se dirigían; estaban armados para sellar los peligrosos portales desde el extremo opuesto del espacio y el tiempo para clausurar la última Puerta. Existía un arma concebida para bloquear ese último paso, una fuerza definitiva del poder extraído de las Puertas; y hasta llegar a esa Puerta era necesario cerrar un mundo tras otro, una era tras otra... un combate quizá interminable o fatalmente circular, quizá limitado al espacio qhalur o limitado a las Puertas que los propios qhal jamás habían construido.

Al comienzo era un centenar.

Las Puertas se cobraron su precio.

PRIMER LIBRO

«... Finalmente, sólo sobrevivió la mujer Morgana, diestra en las magias qujalin, y armada aún de esa Espada que siembra la muerte. Mucho del mal que hizo en Morija y Baien rivalizó con todos los restantes males en que ella había incurrido... pero después huyó, llevándose consigo a Nhi Vanye I Chya, antaño miembro de esta casa, que era su ilin y por lo tanto unido por su juramento»

—Nhi Erij iMyya, en el Libro de RaMorij.

«Chya Roh I Chya, señor de Rakoris... siguió a la bruja Morgana, por defender a su primo... pero en su escrito Nhi Erij confiesa que Chya Roh pereció en este viaje, y que el Alma que poseyó después a la figura de Roh era qujal y hostil a todos los hombres santos... »

—el Libro de Baienan.

Capítulo 1

SIETE lunas recorrían los cielos del mundo, cuando otrora, en tiempos de los antiguos, sólo había una. En aquellas épocas las Puertas de los Dioses habían estado abiertas, y suministraban energía y abundancia a los señores khal que habían gobernado antes del tiempo de los Reyes. Ahora, los Pozos estaban sellados, y eso era algo que ni los hombres ni los khal tenían poder para cambiar. Mucho tiempo atrás habían existido dilatadas extensiones hacia todos los costados de Shiuan y Hiujaj; pero ahora, el mundo se hundía lentamente.

Tales eran las cosas que Mija Jhirun, hija de Ela, creía ciertas.

Durante toda su juventud, Jhirun había visto cómo las aguas mordían implacables los límites del mundo, y había visto a Hiujaj reducido a la mitad, mientras se ensanchaba el mar grisáceo. Tenía diecisiete años, y preveía que en el curso de su vida podría asistir a la destrucción total de Hiujaj.

Cuando ella había sido niña, la aldea de Chadrih se levantaba cerca de los Túmulos de Hiujaj; y poco más lejos se alzaban un gran dique y un muro de contención, protegiendo los campos que producían buenas cosechas y pastos para las ovejas, las cabras y los vacunos. Ahora, todo eso era un erial cubierto de juncos. Habían desaparecido las tres parcelas de tierra que sostenían a Chadrih, y estaban totalmente sumergidas por las aguas, salvo los mojones de

piedras apiladas y el resto inútil del antiguo muro de contención. Los edificios de piedra gris de la aldea se habían arruinado, e incluso con la marea baja el agua se filtraba en las antiguas calles, y cuando las lunas se combinaban alcanzaba la altura de las ventanas en Hnoth. Las casas desprovistas de techo se habían convertido en nido y refugio de los pájaros blancos que describían círculos en el cielo y emitían sus gritos solitarios sobre el mar monótono.

Los habitantes de Chadrih se habían trasladado; es decir, los que habían sobrevivido al derrumbe del muro de contención, a la fiebre y el hambre de ese invierno. Habían buscado refugio, algunos entre los habitantes de los pantanos de Aren, y unos pocos más decididos se habían propuesto llegar más lejos, a la propia Shiuan, buscando la seguridad de lugares como la fabulosa Abarais de los Pozos, u Ohtij-in, con los señores semihumanos. Los habitantes de los Túmulos habían oído rumores acerca de los que llegaron a Aren; pero nadie sabía una palabra de la suerte corrida por los pocos que habían hecho el largo camino hasta Shiuan.

El muro de contención se había resquebrajado el décimo año de la vida de Jhirun. Ahora escaseaba la tierra firme en toda Hiuj; sólo había un laberinto de pequeñas islas separadas por pantanos, rescatada de la destructiva sal sólo por el aporte caudaloso del ancho Aj, que descendía desde Shiuan y enviaba al mar gris sus aguas oscuras y lentas. Cuando había tormenta el Aj hervía y se oscurecía a causa del limo, la valiosa tierra arrastrada al mar, en una inundación que lo cubría todo excepto las montañas y las islas más grandes. Con la marea alta, cuando las lunas confluían en Hnoth, el mar se internaba tierra adentro y destruía áreas del pantano, donde el pasto verde moría y los estanques permanentes olían a descomposición, y los grandes peces marinos buscaban presas en el Aj. Ahora, en todo el territorio de Hiuj quedaban sólo escasos lugares de pastoreo para las cabras y los caballos salvajes del pantano. El mar avanzaba de frente a los Túmulos, y el pantano cada

vez más dilatado les carcomía los flancos, amenazando separar a Hiuj de Shiuan y destruirla por completo. La tierra que otrora había sido una extensión verde y fértil se convirtió en una maraña de árboles ahogados, una serie de pequeños montículos de tierra empapada, de corredores atestados de juncos, navegables sólo con los esquifes de fondo plano usados por los habitantes de los pantanos y los Túmulos.

Y durante esos últimos años del mundo las montañas de los Túmulos se convirtieron en islas.

Los Hombres habían formado esas montañas, poco después del tiempo de la Oscuridad. Eran las tumbas de los reyes y los príncipes de los Reinados de los Hombres, en aquella época muy antigua, poco después de quebrarse la Luna, cuando el khal había decaído, y los Hombres habían empujado a los semihumanos khalin hacia sus lejanas montañas. En esos tiempos, los Hombres habían ocupado los mejores lugares del mundo, habían gobernado una planicie ancha y fecunda, y en Hiuj los humanos habían gozado de una gran riqueza.

Los Hombres habían enterrado a sus grandes jefes en esos gigantescos montículos, en recintos de piedra: reyes guerreros orgullosos de su oro y sus gemas y sus armas de hierro, diestros en la guerra y duros en su gobierno de los campesinos. Habían tratado de restablecer la antigua magia de los Pozos, temida incluso por el khal semihumano. Pero subió el nivel del mar y destruyó sus planicies, y los últimos reyes de Hombres cayeron bajo el poder de los semihumanos de Shiuan. Así pasó la época gloriosa de los reyes de los Túmulos, y quedaron sólo los sepulcros agrupados alrededor del gran Pozo llamado La Corona de Anla, que había absorbido toda su riqueza y les había retribuido sólo con sufrimiento.

Finalmente, quedaron sólo dispersas aldeas de Hombres, agricultores que maldecían el recuerdo de los reyes de los Túmulos. Las antiguas fortalezas y los sepulcros fueron piadosamente esquivados por generaciones que se su-

cedieron en la planicie fluvial. Chadrih había estado más cerca de los Túmulos que lo que deseaba estar cualquier otra aldea; pero pese a todo, entre todas las aldeas de Hiuj había sido la última en perecer —lo cual infundía cierta arrogancia a los habitantes de Chadrih; o por lo menos, así fue hasta que les llegó la hora. Y los propios Túmulos se convirtieron en el último refugio; los habitantes de los Túmulos siempre habían vivido en contradicción con la respetabilidad de la llanura— ahora ladrones de tumbas, a veces pastores y pescadores, acusados (mientras existió Chadrih) de robar ganado y oro enterrado. Pero Chadrih pereció y los despreciados habitantes de los Túmulos sobrevivieron, los más meridionales de todos los Hombres, en un refugio formado por las ruinas de la fortaleza del rey de los Túmulos, en la cima de la última y más grande elevación de toda Hiuj, si se exceptuaba la propia Corona de Anla.

Ese era el mundo de Jhirun. Bronceada y animosa, con diestros movimientos de la pértiga impulsaba su esquife de fondo plano contra el fondo de los canales que, en este ciclo de las mareas, tenían una profundidad que apenas alcanzaba al medio metro. Estaba descalza, pues usaba zapatos sólo en invierno, y llevaba la falda festoneada arrollada sobre las rodillas, porque no había quién pudiese verla. En la proa tenía un recipiente con pan y queso y otro con cerveza; y tenía también una honda y un puñado de piedras pulidas, pues sabía manejar la honda para abatir a las aves pardas del pantano.

Había llovido la noche anterior, y el Aj estaba un poco crecido, lo suficiente para colmar algunos de los canales menos profundos, de modo que ella podía acelerar su avance entre las montañas. A juzgar por la bruma que comenzaba a reunirse hacia el este, y que ocultaba el sol adasmado, volvería a llover antes de la noche; pero aún faltaban varios días para que llegase Hnoth, la marea alta. Las siete lunas se desplazaban ordenadamente a través del cielo acuoso, y el único sonido era el de las aguas del Aj contra los juncos. Los Túmulos, casi totalmente sumergidos

en el tiempo del Hnoth, emergían valerosos a pesar de las lluvias, y la Piedra Alta de Junai emergía casi por completo del agua.

La piedra tallada y su isleta formaban un lugar sagrado. Cerca se dibujaba una prolongación de los pantanos profundos, y en mitad del ciclo los habitantes de los pantanos venían aquí, a la piedra de Junai, para encontrarse con los habitantes de los Túmulos y comerciar sus hombres de elevada estatura se enfrentaban con los hombres pequeños y hoscos del fondo de los marjales. La montaña aportaba carne y conchas y metales, necesarios en los pantanos; y los habitantes de la llanura traían madera y granos Ohtija extraídos de Shiuan, y botes y canastos bien contruidos. Pero más importante que el comercio mismo era el acuerdo que permitía realizarlo regularmente, ese trueque estacional que los reunía para beneficio mutuo y eliminaba la posibilidad de disputas, de modo que todos los habitantes de los Túmulos podían ir y venir sin peligro por el país. Por supuesto, había proscritos, hombres que no eran humanos ni semihumanos, desterrados de Ohtij-in o Aren, y siempre cabía temerles; pero durante los últimos cuatro años no se había visto a ninguno en esta región tan meridional. Los habitantes de los pantanos habían ahorcado a los últimos tres del árbol seco que estaba cerca de la vieja ruina khalin, en la Montaña de Nia, y los habitantes de los Túmulos les habían regalado oro por ese buen servicio. Los hombres de los pantanos eran la barrera que protegía a los habitantes del refugio de los Túmulos de todos los males excepto el mar, y que no por ello les acarreaban problemas. Aren se internaba profundamente en el pantano, y sus habitantes no traspasaban sus límites; cuando venían a comerciar ni siquiera se ponían a la sombra de un hombre de los Túmulos, y en cambio elevaban sonoras plegarias y se agrupaban bajo el cielo abierto, como si temiesen la contaminación y se precavieran de una emboscada. Preferían sus bosques moribundos y sus propias prácticas, que no aludían a los reyes de los Túmulos.

Aquí, en el límite del mundo, estaba el país de los Túmulos, ancho y vacío, y sobre la marea y las dilatadas aguas que se extendían más allá se elevaban únicamente las colinas cónicas y se presenciaba el vuelo de los pájaros blancos. Jhirun conocía las islas principales, y los retazos de tierra aún no anegada, los conocía por los nombres de reyes y héroes cuya memoria sólo los habitantes de los Túmulos conservaban; ellos reconocían por antepasados a los reyes, y podían cantar las antiguas palabras de los cantos con un acento que ningún habitante de los pantanos alcanzaba a entender. Algunas colinas tenían la cima excavada; eran bases de piedra cubiertas de tierra, que mucho tiempo antes habían entregado sus tesoros al saqueo de los antepasados de Jhirun. Otros montículos aún desafiaban los esfuerzos realizados para descubrir los sepulcros, y así protegían a sus muertos de la depredación de los vivos. Y algunas parecían ser auténticas colinas, sin cámaras excavadas por el hombre, y sin tesoros y armas reales. Las que en efecto habían ofrendado sus tesoros alimentaban la vida de los habitantes de los Túmulos, y suministraban el oro que la población convertía en anillos y vendía a los habitantes de los pantanos, quienes a su vez compraban grano de Shiuan y lo vendían en Junai. Los habitantes de los Túmulos no tenían a los fantasmas irritados, sus propios antepasados, y arrancaban los antiguos símbolos y fundían el oro para purificarlo.

Y además del grano comprado con el oro criaban cabras y cazaban, y así obtenían algunos alimentos al margen de ese tráfico. Jhirun y sus primos diariamente cortaban pasto y lo cargaban en los esquifes o en los oscuros caballitos del pantano que usaban en las colinas interiores. De ese modo se precavían del tiempo de Hnoth, y alimentaban al ganado, y obtenían un excedente de queso y carne que para los habitantes de los pantanos era tan valioso como el oro.

El pequeño esquife llegó a un brazo de agua de curso más veloz, el lugar donde la corriente del Aj se internaba

entre las isletas; y Jhirun maniobró en los bajíos, aprovechando con cuidado ese margen. A lo lejos podía ver el borde del mundo, donde el Aj se volcaba en el mar devorador, y el horizonte y el cielo se fundían en una bruma grisácea. Cerca, una gran extensión ondulada sobre la marea era la calina de la Corona de Anla.

No pensaba acercarse a ese lugar, con su círculo de Piedras Altas. Nadie se aproximaba jamás a esa colina, salvo en el Día del Medio Año, cuando llegaban los sacerdotes, el abuelo de Jhirun por los habitantes de los Túmulos, y el anciano Haz por la gente de Aren. Cierta vez, incluso los sacerdotes de Shiuan habían acudido, habían recorrido el largo camino desde Ohtij-in; porque era tan importante, uno de los dos Pozos auténticos. Pero nadie había venido desde que se había derrumbado el muro protector. Ahora sólo Shiaun se ocupaba de los ritos, aunque de ningún modo se los descuidaba. E incluso ese día, los sacerdotes no conseguían dominar su temor, y a lo sumo se aproximaban a la distancia de una pedrada. Haz de Aren y el abuelo de Jhirun se acercaban siguiendo diferentes caminos, a causa de sus diferencias. Antiguamente, los reyes de los Túmulos habían sacrificado a hombres a los Pozos, pero esa costumbre había decaído cuando desaparecieron los reyes de los Túmulos. Los sacrificios no habían restablecido los Pozos, ni curado a la Luna. Las Piedras Altas se alzaban sombrías y solitarias contra el cielo, y algunas mostraban una caprichosa inclinación; y esa gran colina, a la que nadie se atrevía a acercarse salvo el día señalado, continuaba siendo un lugar de poder y mancillada belleza, un lugar que no servía de refugio a los hombres ni a los semihumanos. Cada sacerdote decía una plegaria y se retiraba. No era un sitio apropiado para estar solo; la atmósfera era de tal naturaleza que todos los sentidos se erizaban incómodos, incluso cuando uno venía con muchos amigos, y los dos sacerdotes, y se elevaban cantos —una quietud que realzaba el canto y determinaba que los ruidos de los hombres pareciesen meros ecos. Aquí estaba la cosa que los reyes de los Túmulos ha-